

reivindicar espacios para su nueva definición, sin apreciaciones, sin límites, sin reglas, para recuperar los símbolos de una tierra que sólo puede poseerse precisamente en estos lugares del morar y de la memoria. Si esta Naturaleza científico-técnica es múltiple, difusa y generalmente inasible será preciso dotarla de sistemas conformes de medidas y orden. El hombre, que sólo sabe manejar cosas artificiales, deriva así su curiosidad en una renovada especulación sobre lo desconocido cuya construcción, como una nueva realidad, precisa elaborar un lenguaje adecuado. Un despliegue de nuevas estrategias ante el habitar en el contexto de esta «edad postmoderna», con sus características transformativas en lo antropológico y social, de deslocalización de actividades, de florecimiento de minorías, de movimientos migratorios, de fluidez temporal y aumento de las velocidades perspectivas y de consumo, de saturación espacial, de pobreza e inhabitalidad urbanas, de nuevas estéticas que sientan las premisas de la «puesta en escena» coherente desde su condición histórica.

Es preciso potenciar este esfuerzo sosteniendo este debate sobre la intervención urbana que abordando temas tan cruciales como esta capacidad de las hiperaglomeraciones iberoamericanas de asumir la condición patrimonial en su desarrollo, bolsas de pobreza incluidas. Su mapa humano, frente al que es difícil permanecer neutral, plantea nuevos y acuciantes interrogantes cada día en una dinámica urbana que los hace suyos. La fuerza de estos espacios, sus problemas de movilidad o los conflictos derivados de la expansión incontrolada del transporte mecanizado se alían con los aspectos volumétricos y formales derivados de la escala o de la calidad ambiental. La desurbanización producida por los desplazamientos de los residentes y su sustitución por asentamientos de «calidad» producidos por la lógica del alza de los precios se enfrenta con la espacialidad de las grandes piezas interiores existentes, disponibles por cierto para el retorno de los servicios, la residencia y, también, para las dotaciones necesarias de una población del siglo entrante.

No se trata de dibujar una resucitada ciudad sino de utilizar su riqueza proyectiva en el panorama presente para construir una teoría sobre la ciudad basada en la interpretación de su conocimiento sumado y hacerlo sin renunciar a los derechos conseguidos por sus ciudadanos. Hoy parece factible superar toda idea del planeamiento cerrado y rígido combinándolo con una política inteligente de proyectos desencadenantes precisamente desde la residencia, la gran ausente, además de sobre los equipamientos y servicios señalados. Según el arquitecto Alejandro Zaera, estos recintos históricos cada vez se parecen más a los aeropuertos: son, a la par, lugares ausentes (obsoletos) y emergentes (codificables). Por ello, señala, el trabajo del

arquitecto está más cercano hoy al del arqueólogo que al del profeta; deviene oficio de construcción paradójica, de reflexión de subjetividad en permanente crisis. Describe bien esta conciencia escindida que comparte con el viajero, que le afecta en el ejercer del curioso envuelto en un laberinto de extrañeza, —frente a las cosas y a sí mismo—, en un diálogo alegórico entre la curiosidad ante la dispersión y la metamorfosis presentes. El paseo melancólico de uno y otro por entre los trazados que compusieron iglesias y conventos, manzanas y patios, manifiesta un tránsito que va de lo impuesto a lo imprevisto, de la percepción directa a la mirada visionaria, un itinerario poético sobre lo hecho que hace, sobre lo construido que construye, en el que todo adquiere nuevo sentido. Podríamos afirmar que nos encontramos frente a una recomposición geográfica de la forma urbana en la que aquellas «piezas» afectivas que constituyeron el territorio tienden a adquirir similar importancia funcional (y hasta simbólica a imagen del cada vez más apreciado paisaje «natural» frente al congestionado centro de las ciudades) para combinarse de manera fragmentaria con lógicas alternativas, a veces opacas y contradictorias¹¹. En el proceso de desterritorialización de lo político la ciudad pasa a ser el lugar más real políticamente hablando. Nace así una complejidad nueva a la tensión global/local. En la ciudad se proyecta y se construye el espacio social, se intercambian aquellos sistemas simbólicos que desde la apropiación individual harán posible una igualdad cultural básica¹². De ahí su importancia.

Sobre las cuestiones manifestadas en este catálogo de «cadáveres exquisitos», aquí recogidos, su decadencia quizá aporta ahora, curiosamente, un plus de sobresaliente valor patrimonial; la multiplicidad de su «mirada contemporánea» no es sino el último párrafo de un discurso inacabado. El paradigma que se deduce de aquella «cuadrícula española» permite evocar una cualidad de modernidad que, al entender de Jean Baudrillard, sólo es posible en América y que no tiene además otro modo de retornar a la antigua metrópoli que mediante versiones subtuladas como las que aquí se exponen. Su viaje, aquel cofre mágico lleno de promesas de ensueño, en todo caso jamás volverá a entregarnos tesoros incontaminados. La presente civilización, proliferante y sobreexcitada, ha quedado demasiado corrompida por el ajeteo de dudosas consecuencias que mortifica nuestros deseos y nos condena a hacernos, casi exclusivamente, receptores de recuerdos estereotipados; demasiadas veces el panorama que desvela no es otra cosa que imagen banal del pasado. Su manera de crear memoria resulta paradójica en

¹¹ Adell, German, *Nuevos paisajes*, 1998.

¹² Jarauta, Francisco, *Construir la ciudad genérica*.

tanto que ruptura con aquél y hace que conceptos como naturaleza o entorno, como los aquí tratados, ya no se manifiesten con nitidez en su trama. Será preciso por tanto recurrir a esa poética, a la voluntad de «ser más», de serlo de manera más intensa y diferente, de alcanzar formas estructurales como las citadas, a menudo excluidas o vedadas, para disponerlas con la imaginación intrépida que caracteriza los perfiles del proyecto arquitectónico. Lo que esta poética nos propone es memoria rescatada, memoria cuya liberación es empresa peliaguda y urgente: la memoria de los tiempos futuros de la que hablaba Tácito y que reúne todo lo que hemos perdido y todo lo que esperamos. Un viaje oblicuo, que recorre las ciudades históricas iberoamericanas y que no puede hacerse de un modo autocomplaciente sino medido con el ojo escrutador, curioso, de la distancia «brechtiana» para facilitar el mejor juicio ante tan inmensa tarea. La pasta negra para el vaciado es siempre neutra. Los pliegues pertenecen al cuerpo que está debajo; es un vacío más lleno que todos los llenos¹³.

¹³ Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*, 1994.



Lima. Plaza de la Catedral.